

EL ECO DE CARTAGENA

Sábado 29 de Julio de 1882.

La decadencia de España

desde mediados del siglo XVI

A IGUAL ÉPOCA DEL SIGLO XVIII

XXXVII.

Conocida la política de Felipe II para con la Francia, veamos ahora la que siguió con la Inglaterra. Mientras vivió María Tudor, puede decirse que Felipe II fué el rey de aquella nación; así pudo arrastrarla en su contienda contra la Francia, y en la batalla de San Quintín tuvo la España por auxiliares siete mil ingleses. Aun después de la muerte de aquella reina, una escuadra inglesa concurreó con un ejército español á la derrota de los franceses en Gravelines; pero aquí paró la buena inteligencia entre los dos gobiernos. Jamás, dice un escritor habiéndose amado los ingleses á Felipe II; y el vaso de cerveza que bebió al desembarcar en Southampton no lo hizo más popular entre ellos. La pérdida de Calais había indignado contra él el orgullo británico; á este siguió el desvío, y últimamente vino el recelo y la prevención. La reina Isabel rehusó la mano de un príncipe en quien sus súbditos presentían un enemigo; así es que cuando Felipe II quiso imponer sus oficios en el conflicto con la Santa Sede, ya no fué oído, ni sus consejos encontraron quien los tomara en la corte de Isabel; esta se colocó abiertamente á la cabeza del protestantismo, y desde este momento el pueblo inglés se dividió en dos partidos. Inútil es decir que, como en Francia, Felipe II se puso del lado de los católicos prometiéndoles su apoyo y enviando sesenta mil escudos por vía de socorro para sus sacerdotes. Fué lo peor que pudo hacer Felipe II, por lo mucho que esto desagradó á la reina Isabel, y el recelo que despertó en su corte, tanto que el diputado Cecil hubo de declarar en pleno parlamento que el rey de España proyectaba un desembarco en Inglaterra. E. t. pensó Cecil y acertó; fué un presentimiento que acaso le hizo ver á la Invencible colapsarse en el canal de la Mancha. Los sucesos se encargaron de hacer bueno el vaticinio del diputado inglés; la reina Isabel supo, á poco de esto, que el representante español en su corte, conde de Silva, mantenía relaciones con María Stuart; supo también que la reina de Escocia había recibido de Felipe II un socorro de veinte mil escudos, y que buques cargados de municiones y de artillería para ella estaban equipándose en los puertos de Flandes. Aquí concluyó la armonía, siquiera fuere apa-

rente entre la España y la Inglaterra, y empezó la dilatada lucha que había de acabar con nuestra Hacienda y con nuestra Marina. La reina Isabel, buscando la venganza, envió á los insurrectos de los Países-Bajos dinero, buques y soldados para ayudarles á hacer la guerra á España. No pudiendo disimular su encono contra Felipe II, apoderóse de los caudales que conducían cinco naves españolas que se habían refugiado en un puerto de su reino huyendo de la Escuadra de Condé, dando por pretexto que el tesoro pertenecía á banqueros italianos que lo esportaban por especulación, y ofreciendo por él un interés tan alto como pudiera dar el rey de España. Esto, por cualquiera lado que se tome no es otra cosa que un robo, con la circunstancia agravante de haberse ejercido sobre buques indefensos y bajo el sagrado de la hospitalidad, lo propio que sucede en las costas del Riff; pero esto, y otras cosas entran hoy grandemente en la política inglesa; no hay, pues, que estrañar el hecho. Sus consecuencias las tocaron por de pronto los ingleses residentes en Flandes á quienes el duque de Alba hizo secuestrar todos sus bienes. Al mismo tiempo que esto sucedía, Pio V fulminaba la excomunión, y declaraba á Isabel herege, y privada de su reino. Esta á su vez lanzó al mar sus corsarios, y al poco tiempo se contaban ya en los puertos británicos ochenta y dos buques arrebatados al comercio español, cuyo valor de las mercaderías pasaba de un millón ciento noventa mil ducados.

No obstante todos estos atropellos, todavía no quería Felipe II desplegar todo el esfuerzo de su poder sobre su enemigo, siguiendo su fatal política, y sin curarse para nada del resultado de sus ensayos en Francia, creyó mejor fomentar disturbios y comprar partido en el pueblo inglés, preparando así el terreno para dar después el golpe sobre seguro. Así se vio á su embajador en Londres tomar una parte activa en la conspiración formada por el duque de Norfolk, y los condes de Arundel, Northumberland, Westmoreland y Deroy para sublevar el norte de Inglaterra á nombre de la religión católica y de María Stuart. Estos primeros trabajos de la política de Felipe II, salieron frustrados con gran daño de una parte de sus súbditos, pues descubierto el complot, la reina Isabel hizo confiscar los bienes de todos los españoles establecidos en sus Estados. Hizo más, envió subsidios á los moros de las Alpujarras, animándolos á la insurrección, siendo su principal agente en este negocio un tal Roberto Uonguius, comerciante de Sevilla; este repartía los socorros y daba noticias á Inglaterra del resultado de sus gestiones.

Felipe II por su parte favorecía con el mayor empeño á los enemigos de la reina Isabel, trabajando á favor de María Stuart en París, Viena, Lisboa y Roma; enviando crecidos subsidios á sus partidarios en la misma Inglaterra, Escocia é Irlanda, y sosteniendo en Saint Omer y en Douai seminarios de ingleses y de escoceses católicos. Un gran número de súbditos de Isabel que se habían refugiado en Flandes, huyendo de la persecución, acogiólos Felipe II bajo su amparo, concediéndoles pensiones mensuales, entre las cuales figuraban como más importantes las siguientes:

Doscientos escudos al conde de Westmoreland y la condesa de Northumberland; siendo Leonardo d'Acree; sesenta Egremundo Radcliffe; cincuenta y seis Ricardo Northhou; treinta y seis Francisco Northhou; cuarenta Cristóbal Nemill; otros cuarenta Estembeto Nemill; treinta y seis Tomás Marchifid; veinte Jorge Chamberland; cincuenta Carlos Parcher, y diez y seis su muger; y sesenta Jorge Chamberlen.

De este modo Isabel y Felipe preludiaban un rompimiento abierto y decisivo, que cada día se hacía más inminente, llevando hasta aquí la mejor parte en este sistema de hostilidades la reina de Inglaterra. Uno de sus más atrevidos piratas, el caballero Drake, después de saquear todos los puertos españoles del mar del Sud desde Santiago hasta Lima, volvió á Inglaterra con un botín de ochocientas mil libras esterlinas. Aquí conviene hacer notar un hecho singular, cual es que casi al mismo tiempo que Isabel restituía parte de este dinero al embajador de Felipe, mandaba equipar una flota, que puso al mando del mismo Drake, destinada á saquear nuevamente las colonias españolas. Esto es lo que se llama cumplir con Dios y con el diablo; cada cual entiende la conciencia á su manera. La expedición se llevó á efecto, y fuera prolijo enumerar las escenas de robo y de pillaje de que fué teatro el suelo americano; en cambio el oro entró á raudales en el tesoro inglés, que era lo que se buscaba.

Entre tanto, ni buques, ni soldados que defendieran aquel territorio de tales agresiones; nuestros ejércitos se consumían en lucha estéril en Flandes y en los Países-Bajos, y Felipe II no pensaba en otra cosa que en colocar á María Stuart en el trono de la Inglaterra.

Tal era su política.

MANUEL GONZALEZ.

CRONICA

Por una equivocación de térmi-

nos, dijimos en nuestro número de anteayer, al hablar de la fiesta de Santa Ana, que los fuegos artificiales se debieron á D. Joaquin Nieto, siendo así que fueron ofrecidos por don Julian Martinez.

Personas inteligentes que han visitado los baños fijos del muelle, hacen cumplidos elogios de la pericia manifestada en la construcción, por D. Francisco Ros, que de modesto operario, se ha elevado á la altura de un hábil maestro. Unimos nuestros plácemes á los que ya le han dirigido personas entendidas de esta localidad.

Por la Alcaldía se han impuesto en el día de hoy varias multas por faltas al bando.

En Sevilla ha aparecido un individuo, desertor de presidio, que se fingía sacerdote.

De este modo iba pasando una vida regalada y recogiendo cantidades para fines piadosos.

La policía ha puesto á buen recaudo al tal individuo, á quien los tribunales se encargarán de dar su merecido.

El dictador de Egipto Arabí, parece trata de conferir el califato africano al Scheriff de la Meca, formando el imperio con Egipto, Túnez y Trípoli.

La autoridad del Sultan no anda muy atendida en aquellas tierras y las antiguas disidencias entre turcos y árabes se manifiestan de nuevo con poderoso empuje.

Desde el día primero de Agosto comenzarán á lucir los cinco faroles que hay colocados en el camino de la vía férrea.

Nos alegramos hayan sido atendidas nuestras escitaciones, esperando que en adelante una economía mal entendida, haga carecer al público de ciertas indispensables comodidades.

Nos han suplicado algunos aficionados, indiquemos á la empresa del teatro-circo, disponga se represente la preciosa zarzuela «El estreno de una artista» que aseguran desempeñan, á la perfección, la Sra. Today los señores Losada y Navarro.

Nosotros que recordamos la citada obra, como una de las perlas del antiguo repertorio, unimos nuestro ruego, al de los aficionados mencionados, esperando ser atendidos.

Recomiendan algunos diarios la construcción de las «Fuentes Galileo» con el fin de popularizar el uso del sistema métrico.

Desde luego comprendemos la conveniencia, pero será difícil su aplicación en Cartagena, por que en